

HAZ QUE CUENTE CADA MOMENTO DE TU VIDA

Yesenia Delgado Castillo

Dedicándome tiempo y espacio

Mi rincón de estudios, entiéndase lo que considero mi escritorio, es el lugar con el que, por excelencia, me he identificado. Debe ser porque desde pequeña estuve relacionada con los libros y los lápices. Me encantaba escribir, analizar, cuestionar lo que leía y lo que otros me decían. Como dicen por ahí, “llevar la contraria” y “buscarle las cinco patas al gato”. De adulta, la historia no es diferente. Aún me encanta cuestionar, analizar críticamente e ir a la “raíz de los asuntos”. No me conformo con respuestas “vagas, simples o para salir del paso”; al contrario, prefiero complicar las cosas de tal manera que a veces termino frustrada y con más preguntas de las que tenía al principio.

El escritorio ha sido como mi válvula de escape y mi acompañante fiel desde la escuela elemental hasta la universidad. Siempre me he esmerado en que el lugar donde se encuentre ubicado esté rodeado de fotos mías y de mis seres queridos. Actualmente, mi escritorio tiene colocados muchos papeles relacionados a las tareas que tengo pendientes y otros tantos que tengo que archivar. Tengo a la mano todos los materiales que necesito: bolígrafos, calculadora, computadora, cartapacios, libros, libretas, lápices. Las pared que queda de frente tiene colgadas las fotos, el reloj, los diplomas de los grados universitarios obtenidos y el “mapa del tesoro” que no es otra cosa más que un collage de imágenes que reflejan las metas que quiero lograr este año. Es un espacio relativamente ventilado. Tengo el televisor y el radio cerca por si acaso quisiera hacer una tarea con algún sonido de fondo porque, a decir verdad, no me gusta mucho el silencio salvo cuando estoy durmiendo. También tengo un pez beta que contemplo en los momentos en que me siento estresada o que necesito “fluir” y soltar el control. Me encantan las afirmaciones por lo que me encuentro, literalmente, rodeada de ellas. Cuando leo cada afirmación, siento paz y logro que mi mente se aquiete y “suelte” los pensamientos negativos.

Prefiero escribir de noche. Me siento más productiva cuando he completado las tareas relacionadas a mi jornada laboral y las del hogar. Cuando me siento a

escribir lo hago con la tranquilidad que no tengo nada pendiente que hacer y que puedo dedicar mi completa atención y tiempo a la escritura. Además, me siento satisfecha cuando me acuesto y hago un “checklist” y me doy cuenta de que lo que me propuse completar durante el día y la noche lo pude lograr. En cierta medida, tener esa satisfacción hace que pueda dormir con tranquilidad.

Luego de hacer una búsqueda, encontré que Yesenia es un nombre de origen español del sexo femenino. En griego significa: diosa hermosa, cautivadora por donde la vean, basta su presencia para imponer autoridad y divina admiración. Es una persona imponente, admirada, triunfadora, solidaria y de soberano amor hacia los que la rodean si son fieles a ella. Su don es perdonar, ayudar y la sabiduría que posee. En gitano significa: mujer del mar.

En otra búsqueda resultó que Yesenia es una variante del nombre Jesé. Equivalente al nombre “Isai” y significa “Aquella que es un regalo de Dios”. Según la numerología, la persona que tiene este nombre es de naturaleza emotiva y perceptiva. Se expresa por medio de la investigación y la comprensión. Ama la libertad de movimiento, de pensamiento y de vida. Le gusta sentirse deseada. En su naturaleza expresiva es consecuente. Se expresa en la calidad, comodidad y utilidad del atavío personal. Ama el acompañar y ser acompañado. Su talento natural es tener mente de pensamiento firme. Se expresa como pensador ágil, con capacidad analítica y tendencia a armonizar contrarios. Recibe impulso en las empresas que requieren de tacto, diplomacia. Tienen amplia comprensión, penetrante adaptación y fusión de lo ancestral y lo actual. Ama complacer y recibir.

Desde pequeña, he sabido que mi madre me nombró Yesenia por una novela que estaban dando en la televisión. No obstante, me cuenta que una enfermera que la atendió luego del parto la instó que me llamara Federica en honor al huracán que estaba azotando la Isla cuando me trajo al mundo. El nombre de Yesenia me gusta mucho. Los que me conocen me llaman Yesy o Ye. Cuando escucho mi nombre veo un rostro sonriente y amable. Yesenia huele dulce y es refrescante, es de color rojo como la sangre, se escucha como el canto del coquí (anfibio autóctono de Puerto Rico), se parece a la imagen del arcoíris que, aunque vemos donde empieza

y donde termina, es de naturaleza infinita y es suave y tierna pero desafiante y huraña a la vez.

La sabiduría que me inspiró

Recuerdo a aquella mujer: robusta, de tez trigueña, ojos grandes. Sentada en aquella silla que completaba el círculo sonreía cual niña que hace una travesura. Era una mujer que inspiraba paz, tranquilidad, sosiego. Se dedicaba a la psicología. Facilitaba el grupo de apoyo en el que permanecí por, aproximadamente, 6 meses. Nos reuníamos los fines de semana durante todo el día. Eran unas reuniones verdaderamente inspiradoras, de esas que “te sacuden” y te dejan pensando. Pertenecer a este grupo de apoyo abrió mi mente y mi corazón. Compartir mi experiencia de vida con otras mujeres y que otras mujeres me hicieran parte de la suya fue algo extraordinario. Habíamos 20 mujeres y con cada una podía identificarme y, más aún, solidarizarme con las situaciones difíciles que les había tocado vivir. No obstante, entendí que “siempre ocurre lo mejor aunque a veces no lo entienda”. Esta frase la repetía una y otra vez la psicóloga y, a pesar de que en un inicio lo dudaba, ahora lo capto claramente: “todo tiene un propósito”, “todo pasa por algo”. Cada dolor, cada persona, cada situación llega a nuestras vidas con un objetivo, con una intención. Cada vez que repaso mi vida, desde el pasado hasta hoy día, y analizo mis logros y mis retos me doy cuenta de que cada evento acontecido fue necesario para llegar a donde estoy.

Indudablemente, dichos eventos incluyeron lágrimas, dolor, desesperación, sensación de fracaso, miedo e impaciencia. No obstante, también incluyeron amor, fe, esperanza, solidaridad, compasión por mi misma y coraje para atreverme a hacer las cosas. La frase “siempre ocurre lo mejor aunque a veces no lo entienda” me inspira y me sirve, en cierta manera, de confort porque me brinda la seguridad de que, aunque a veces todo parezca oscuro, “al final del túnel siempre hay una luz” y que “después de la tormenta llega la calma y sale el sol”.

Mi segundo guijarro me lo regaló una mujer de tez blanca, de cabello corto rizado y que pesaba unas 140 libras. Inspiraba avenencia. Era una mujer comprometida, solidaria, cariñosa y muy tierna y afectuosa. Fue mi coach durante la etapa final para obtener el grado doctoral. Ella me apoyó y me inspiró a seguir adelante y no desistir de esa meta que me había trazado hacía ya varios años.

Recuerdo que como parte del plan de trabajo que habíamos establecido, tenía que cumplir con unas tareas dentro de un delimitado periodo de tiempo. No obstante, hubo un momento en que ese plan se vio afectado ya que, por un lado, mi madre sufría episodios de depresión y, por el otro, mi auto tenía desperfectos mecánicos y arreglarlo me resultaba bastante oneroso. Esto me provocaba estrés, ansiedad, preocupación, sentido de impotencia y, evidentemente, lo menos que tenía ganas de hacer eran las tareas que tenían que ver con lo del doctorado. Recuerdo que cuando le comenté que, debido a estas situaciones, no iba a poder cumplir con el plan de trabajo tal y como habíamos previsto, me dijo: “lo importante es que estés en una actitud positiva... toda pasa y se resuelve para tu bienestar”. A partir de ahí, comprendí que los planes no son más que una guía que podemos alterar y modificar según sea pertinente y necesario. Esta mujer me hizo entender que lo importante es el interés, la voluntad y las acciones que tomemos para alcanzar aquello que queremos aun cuando las circunstancias no sean las mejores. También me inspiró a pensar “fuera de la cajita” y a darme cuenta de que todo el tiempo suceden cosas que no podemos controlar pero que eso no significa que debemos paralizarnos y acoger el papel de “víctimas” para no actuar. Al contrario, se hace necesario que aceptemos responsabilidades y que entendamos que las acciones, por más pequeñas que parezcan, nos van acercando a la meta que deseamos alcanzar.

Mi tercer guijarro lo recibí de una mujer joven, negra y con cabello lacio. Tenía dificultades visuales ya que no podía ver tridimensionalmente. Esta mujer se convirtió en mi inspiración cuando planificamos un viaje a Barcelona. A pesar de que no contaba con los recursos económicos suficientes, fue la primera de las dos que se compró su pasaje e hizo todas las gestiones necesarias para sufragarse sus gastos. Mientras yo dudaba y buscaba razones para pensar que no debía hacer el viaje, ella me trataba de convencer de lo contrario. Siendo una mujer que me considero aventurera y con ganas de aprender cosas nuevas, tanta inseguridad y duda no me hacían sentir bien. Pensaba: ¿Cómo es posible que esté dudando de hacer este viaje si es algo que siempre he querido? Le pregunté a esta mujer su motivación para no dudar y sentirse animada no importara qué. Tranquilamente me contestó: “Yo también dudo de hacer el viaje y hasta me siento insegura al igual que

tú... la única diferencia es que yo vivo mis días según el “carpe diem”. Definitivamente, esta mujer me inspiró la actitud de vivir cada día de manera intensa y optimista. Me inspiró a no pre-ocuparme del mañana pensando en lo que puede o no puede suceder. A no creer todo lo que piensa mi mente y a pensar en grande, sin limitaciones. Sobre todo, me inspiró a continuar soltando el control, a fluir y a creer firmemente que la vida es una aventura y que sólo hay que atreverse a vivirla.

Las lecciones aprendidas

Aunque volviera a nacer, no me arrepentiría de haber vivido aquella relación de pareja. Él era un joven, apuesto, fortachón, de mirada tierna y labios carnosos. Hablamos por primera vez a través de un “chat” en Internet. Luego compartimos nuestros números telefónicos y conversábamos por largas horas. Incluso, habían ocasiones en las que nos ofuscábamos tanto en nuestras pláticas que no nos dábamos cuenta de que estaba amaneciendo. Dos meses más tarde nos vimos “cara a cara”.

En un comienzo todo iba “viento en popa”. Me llamaba todo el tiempo, nos veíamos casi todos los fines de semana, compartíamos todos nuestros secretos. Y así, nos hicimos novios y me sentía la mujer más afortunada del planeta. Un día, una compañera de trabajo me preguntó que si no me molestaba que mi novio me estuviera llamando y cuestionando todo el tiempo. Le contesté que era todo lo contrario: que me encantaba que me llamara y se interesara por mis cosas, en especial por lo que hacía y con quién estaba. Le dije, muy convencida, que era la primera vez que sentía que alguien se preocupaba por mí. No obstante, ese convencimiento no me duró mucho tiempo porque fue entonces cuando comenzó a celarme, a prohibirme que utilizara faldas cortas (excepto cuando salía con él), a preguntarme quién me llamaba y a querer pasar más tiempo conmigo, incluso el tiempo que dedicaba a visitar a mi familia. Y yo, a pesar de que sabía que “algo no estaba bien” accedía a lo que, en aquel momento entendía, eran reclamos justos, ya que vivíamos en ciudades distantes y la relación necesitaba “seguir fortaleciéndose”.

El primer incidente “de peso” fue en un evento especial de lucha libre. Habíamos ido juntos y la estábamos pasando muy bien hasta que uno de mis amigos me llamó porque sabía que estaba en el evento y quería saludarme “cara a cara”. A pesar de que quería verlo también, mi novio no me lo permitió aludiendo que mi amigo era un irrespetuoso y descarado porque, sabiendo que yo tenía novio, insistía en verme. Le dije de una y mil maneras diferentes que no había nada de malo en querer ver a un amigo al que hacía mucho tiempo no veía. No entendió mis

argumentos y, prácticamente, me sacó del lugar a la fuerza. Mi amigo me llamó varias veces. Mi novio no me dejaba contestarle. Inclusive, al final de la noche terminó rompiendo en dos pedazos mi celular. Al notar que se había tornado tan agresivo, me monté en el auto (estábamos en el estacionamiento) y activé las cerraduras para que no pudiera entrar. Él comenzó a dar golpes sobre los cristales y a amenazarme con romper mis pertenencias. Aun así, esa misma noche lo perdoné. Él se comprometió a darme el dinero para que pudiera comprarme otro celular y yo acepté toda la responsabilidad de lo que había sucedido aquella noche.

Luego de ese primer incidente vinieron otros tantos. Recuerdo una ocasión en que me persiguió en su auto e intentó chocar el mío por la parte trasera. Y así siguieron aconteciendo los insultos y los malos tratos. Continuamente me decía que no le daba su lugar, que seguía queriendo a mi expareja y me manipulaba haciéndome sentir miserable y culpable incluso de las cosas que él sentía, hacía o decía. La misma compañera de trabajo, al saber lo que estaba pasando, me preguntó si una relación así era lo que yo deseaba para el resto de mi vida. La respuesta a esa pregunta me hizo entender que merecía algo mejor. No obstante, ése no fue el fin de la historia.

Más o menos al año de haber concluido esta relación, conocí a otro chico por Internet. Él vivía en los Estados Unidos y era padre de un niño que no vivía con él. Tenía un cuerpo esbelto, cabello corto, lacio y era más alto que yo. No tenía empleo y su situación económica era todo excepto alentadora. Aun así, cultivamos una bonita amistad que culminó con la mudanza a la casa de su madre en Puerto Rico. Casualmente, su madre vivía relativamente cerca. La primera vez que nos vimos sin que hubiera una web cam de por medio, me invitó a bailar. Recuerdo que la pasamos muy bien. Era un chico muy agradable a pesar de tener un temperamento volátil. De hecho, pasó muy poco tiempo desde que comenzamos a salir hasta que me presentó a su familia. A pesar de que le insistía en que era demasiado pronto, él sostenía que teníamos que avanzar a una nueva etapa. Así conocí a, prácticamente, la mitad de su familia. Me repetía constantemente que era lo mejor que le había pasado en su vida y que no quería perderme. Todos estos detalles juntos fueron lo que me crearon sospecha de que podía pasar algo similar a la

relación anterior. De hecho, hubo un incidente donde él se tornó violento, me gritó y aventó la puerta de mi auto alegando sentirse ofendido por un comentario que hice. Ese día, re-afirmé que ése no era el tipo de relación que quería en mi vida. Luego de dicho incidente, se apareció varias veces en mi apartamento, me escribía correos electrónicos y me llamaba constantemente. Incluso su madre me llamó para interceder por él y para que le diera una segunda oportunidad. Nada de eso le funcionó.

He aprendido que de muy poco nos sirve el pretender que “no nos pasa nada” cuando de verdad es que se nos está cayendo el mundo encima. He aprendido que reconocer y aceptar nuestras limitaciones y “metidas de pata” es parte de crecer y madurar. En mi caso, el aceptar que estaba en una relación de maltrato físico, verbal y psicológico fue parte de mi crecimiento, no sólo como persona sino como mujer que quiere y merece tener algo mejor en su vida.

Prácticamente, en ambas relaciones me dejé manipular, puesto que antepuse el sentir y el bien-estar de la otra persona al mío. Esto conllevó a que me sintiera culpable y víctima de las circunstancias. No obstante, he aprendido que en vez de quedarnos con el papel de “víctimas” es necesario actuar, accionar e internalizar que “somos más grandes que las circunstancias que nos rodean”.

He aprendido que todo lo que nos sucede en la vida, aunque pensemos que no lo merecemos, es necesario para llegar hasta donde estamos hoy.

Finalmente, ahora que vuelvo la mirada atrás, me doy cuenta de que mi vida no sería la misma si no hubiera tenido ambas experiencias. Dichas experiencias, aunque dolorosas, marcaron mi vida y me enseñaron lo que no quiero ni estoy dispuesta a negociar en una relación. Me enseñaron que amar no tiene que ser sinónimo de dolor y que tampoco “una cosa va amarrada de la otra”. Me enseñaron a aceptar que lo importante no es caer sino levantarse y comenzar desde cero si es necesario. Con estas experiencias aprendí a valorarme, a quererme, a darme mi lugar y a no dejarme manipular al sentir culpa por los sentimientos o las actuaciones de los demás. Sobre todo, estas experiencias me enseñaron que merezco una vida digna con la posibilidad de decir NO y el derecho a tener una relación de pareja saludable.

Asimismo, me enseñaron a darme cuenta de las señales que, aunque sutiles, son importantes de detectar para evitar caer en una relación de maltrato y codependencia.

Mi Yo en el espejo

Te veo y me reconozco. Físicamente, no eres ni muy bajita ni muy flaquita. Tienes el cabello rizado y negro. La mayoría del tiempo lo llevas revuelto. Al fin y al cabo, revuelto o peinado no hace mucha diferencia. Tienes hoyuelos en ambas mejillas, cejas gruesas, ojos color marrón y la tez trigueña. Tu nariz es perfilada y hay un lunar cerca de tus finos labios. Una cicatriz en tu ceja izquierda me hace recordar la caída que tuviste subiendo unas escaleras a los 8 añitos. Tus dientes son como perlas y hacen de tu sonrisa una perfecta. De hecho, esa sonrisa tan natural es lo que más me gusta de ti, ya que cuando sonríes eres capaz de alegrar todo a tu alrededor. Definitivamente, esa risa nace desde lo más profundo de tu alma.

Tus manos son pequeñas al igual que los dedos. Tu espalda tiene varias manchitas y lunares y por eso hubo una época en que no te gustaba usar trajes ni blusas que la dejaran al descubierto. Tus pechos están bien formados y te sientes orgullosa de eso. La pantalla en tu ombligo resalta a plena vista aunque muy pocas veces la muestras. Tus caderas no son anchas, al contrario. Tus piernas que son muy bonitas aunque, a decir verdad, los dedos de los pies no te favorecen. ¿Recuerdas cuando detestabas utilizar zapatos que mostraran tus dedos?

No usas maquillaje. Siempre te has caracterizado por pensar que las mujeres gastan demasiado tiempo y esfuerzo en “ponerse más bonitas”. Tampoco usas pantallas. Prefieres utilizar cadenas y pulseras pero no de colores, sino de oro o de plata para evitar estar a merced de combinarlas con la vestimenta —aunque a veces pienso que es por vagancia. Te encantan las sandalias de tacón alto y los pantalones que entallen tu figura.

Desde pequeña, cultivaste el don de leer. Te la pasabas estudiando y memorizando tus clases. Siempre fuiste una estudiante de excelencia: desde primer grado hasta que completaste el doctorado. Se puede decir que la mayoría de tu vida la pasaste estudiando. De hecho, a tus amistades las conociste, precisamente, en los escenarios académicos. No obstante, no eres de confiar en todo el mundo. Al contrario, eres muy reservada y muy celosa con lo que compartes de tu vida. No pretendes ser ni demostrar lo que no eres y cada paso que das lo haces de manera

calculada, o al menos eso piensas. En otras palabras, asumes riesgos pensando que sabes a lo que atenerte.

No obstante, el camino recorrido para convertirte en la mujer que eres hoy día te ha ido enseñando que no podemos tener el control de las cosas que suceden. A tus 32 años te has ido dando cuenta de que todo pasa por alguna razón y que a veces es preferible asumir riesgos que sentarte a pensar “¿Qué hubiera pasado si lo hubiera hecho?”.

Tu cabello negro rizado ya muestra varias canas que, más que simbolizar los años, simbolizan el aprendizaje y tu caminar por la vida. Ahora, ves la vida como una aventura y, a pesar de que ya realizaste muchos de tus sueños, ya tienes una gran lista de otros tantos por cumplir. A estas alturas, has conseguido el grado académico que anhelaste, un trabajo que se relaciona con la carrera que estudiaste, una familia formidable que te apoya, amistades en las que confías y una relación de pareja estable, saludable, y sobretodo, libre de violencia. No obstante, aún tienes en agenda ser madre y tener tu propio negocio. Además de continuar la faena de no conformarte con el rol tradicional que la sociedad le ha asignado a la mujer, así como seguir aprendiendo a pedir y a merecer cada oportunidad que toca a la puerta.

A nivel personal, muchas cosas han ido cambiando producto de las vivencias y las diversas maneras de ver y apreciar lo que te acontece. Ha habido situaciones que han marcado tu vida con amor y alegría y otras que la han marcado con dolor y sufrimiento. No obstante, para llegar hasta dónde estás y para tener todo lo que hasta ahora tienes, fue necesario tanto el amor como el dolor que padeciste. Y lo más interesante de todo, es que en ambos casos eres capaz de celebrar el aprendizaje y las enseñanzas que contenían las lecciones. Por tu vida han pasado mujeres, hombres, niños, niñas, jóvenes, ancianos y ancianas que han puesto su granito de sabiduría en tu vida y que te han dicho cosas, que aunque en el momento no le ves el sentido, con el pasar del tiempo eres capaz de reconocerte en aquellas palabras. Has dejado a un lado la rigidez y la estructura tan “estructurada” que te caracterizaba para dar paso a la fluidez y la flexibilidad. Tantas lecciones aprendidas y tanta sabiduría heredada la has ido aplicando, a veces de manera acelerada, a las diferentes facetas en tu vida. Te sientes orgullosa de lo que has logrado y los

cambios que has protagonizado. Inclusive, otras personas también se han dado cuenta de dichos cambios y los celebran contigo. Sin embargo, estos cambios no son otra cosa que trascendencias en el ser, en el hacer y en el modo en que te relacionas con la vida y con quiénes te rodean.

Por lo tanto, la mujer en el espejo y la de carne y hueso que está al otro lado son una misma no sólo físicamente sino en todos los sentidos. Ambas somos mujeres que sentimos y que padecemos. Ambas nos sentimos orgullosas la una de la otra y reflejamos la compasión, la ternura, la perseverancia, la amabilidad, la cortesía, el coraje, la valentía, la sensibilidad que, poco a poco, han tallado y siguen tallando el carácter, la personalidad y todo aquello que me hace diferente y me distingue. Son dos mujeres que aunque, aparentemente diferentes, se funden en una sola y se han combinado para aportar al resultado de lo que soy hoy en día. Por eso, jamás me arrepentiré ni de lo hecho, ni de lo vivido ni de lo que he sido. Y hoy celebro la extraordinaria oportunidad de vivir y de amar al máximo y sin reservas.

La naturaleza materno-sexual que me habita

En mi hogar, el tema del sexo siempre fue tabú. La palabra ni siquiera por casualidad se mencionaba. Es más, me sonrojaba y cambiaba la mirada cuando estábamos en la sala viendo novelas y aparecían escenas de personas besándose o “teniendo intimidad”. Nunca me atreví a hablarle ni a mi madre ni a ninguna otra persona al respecto. De hecho, la escasa orientación que tuve me la dieron en la escuela e iba enfocada, por un lado a la abstinencia y, por el otro, a tener hijos dentro del matrimonio, ya que hacer lo contrario era pecado y “a Dios no le iba a agradar”.

Ahora de adulta puedo entender que mi madre hizo lo mejor que pudo con los recursos que tenía. La educación sexual que recibí de su parte fue la misma que recibió ella. En otras palabras, “nadie puede dar lo que no tiene” y, aunque me hubiera gustado entablar con ella una relación de mayor confianza, ni le reprocho ni la juzgo.

Recuerdo que desde pequeña soñaba con casarme vestida con un traje color blanco perla, con un “apuesto príncipe” y que fuera mi padre quien me entregara “virgen” en el altar. Hoy día, sueño algo un tanto diferente. A pesar de que me sigue agradando la idea de casarme, ya no lo veo como obligación o imposición, sino que lo percibo como una elección... *mi elección*. En términos de la virginidad comprendí que es una atadura social en tanto y en cuanto define a la mujer en términos de pureza y santidad por haber tenido o no relaciones sexuales antes de casarse. Referente al matrimonio, entendí que, aunque a veces una pueda pensar que el amor que siente por su pareja es inmenso, más vale la vida y seguridad propia que la frase “hasta que la muerte los separe”. En cuanto al príncipe azul, vivo agradecida porque encontré un hombre que me ama y me valora tal cual soy y con el que, por primera vez, puedo decir que me veo compartiendo el resto de mi vida y teniendo una familia.

Siempre he pensado que me gustaría tener al menos una hija. No obstante, a veces me da temor que por mi edad no pueda cumplir ese deseo ya que puedo estar expuesta a tener un embarazo de alto riesgo. La verdad es que el tema de la maternidad no me había interesado tanto como ahora que tengo 33 años y que

siento que se me puede estar haciendo tarde para evitar mayores riesgos y complicaciones. De hecho, no es hasta ahora que me he puesto a analizar detenidamente que mi vida la he dedicado a los estudios, al trabajo, a ser independiente y valerme por mí. No es hasta ahora que me concientizo que ese deseo de ser madre ha comenzado a ser más latente.

Es más, puedo reconocer que ha aumentado la curiosidad de lo que es sentir una criaturita en el vientre y estar pendiente de que crezca y se desarrolle saludablemente. Me ilusiona ver el crecimiento de la barriga, las visitas al obstetra y hacerme los sonogramas mes tras mes. Me imagino teniendo un parto natural, ya que entiendo que el proceso de las cesáreas muchas veces es violento y abrupto tanto para la criatura como para la madre. Me entusiasma tener un bebé saludable y sonriente entre mis brazos y, si por cualquier razón no pudiera ser así porque tuviera alguna condición congénita o algo por el estilo, estoy segura de que el entusiasmo no cambiaría. Es más, siempre he pensado en adoptar un niño aunque pueda tener los míos ya que como escuché alguna vez “los hijos propios nacen del vientre mientras que los adoptados nacen del corazón”.

Como madre, me vislumbro amorosa, disciplinaria y esforzándome por cultivar una relación de confianza y de apego con mis hijos. En otras palabras, estar allí cuando me necesiten y poder hablar “a calzón quitao” de cualquier tema o inquietud que tengan. Me veo celebrándoles sus cumpleaños, acompañándoles en su primer día de clases, llevándolos a su primera fiesta de graduación, elogiando sus logros y animándolos a que continúen una carrera universitaria.

Ser madre para mí, en estos momentos, simboliza una decisión y no necesariamente cumplir con el rol biológico de la mujer. Es cumplir mi deseo y no las expectativas de los demás. Pienso que asumir la maternidad es una gran decisión porque no se trata de traer un hijo al mundo a sufrir y pasar necesidades, sino de brindarles calidad de vida, amor, abrigo y protección. Tal vez por ese pensar es que he dilatado la decisión de ejercer la maternidad. No obstante, me he dado cuenta de que las cosas no van a ser siempre como las deseo, y que no necesariamente llegará el momento “perfecto”. Por eso, he llegado a la conclusión de que no debo seguir buscando excusas (como terminar una carrera y tener casa),

sino que puedo evaluar darme la oportunidad y, de ser el caso, prepararme para vivir la experiencia maternal plenamente.

Trascender en mí

Desde niña quise estar rodeada de personas que me quisieran, incluyendo mi familia y mis amistades; viajar, estudiar y tener una carrera profesional; tener mi auto, tener mi casa, trabajo y estabilidad económica, tener un hombre a mi lado que me valorara y hoy día, puedo decir que lo tengo. No obstante, desde hace algún tiempo he venido haciéndome la pregunta: ¿y ahora qué? Y es que lo tengo todo y a la vez no tengo nada.

Me he dado cuenta de que he vivido enfocándome en TENER y en medir mi “riqueza” en dólares. Le he dado mayor importancia a la marcas, a los lujos, a las comodidades y al “que no me falte nada” y he dejado de lado lo sublime para enfocarme en lo material. Esto me ha brindado muchas alegrías y momentos inolvidables, aunque también me ha costado noches sin poder dormir, estrés, preocupaciones, inseguridades, angustias. Me parece que, en gran medida, se debe a haberme encauzado en el TENER y dejar de lado al SER.

Con el tiempo me he dado cuenta que por más cosas materiales que acumule no hay sustitución para las relaciones significativas, para pasar tiempo de calidad con los seres queridos y especiales en mi vida, para las buenas conversaciones, para recordar viejos tiempos con buenas amistades, para disfrutar la lectura de un buen libro, para admirar un bello paisaje así como una fotografía tomada hace muchísimo tiempo; para comer saludablemente, para recibir lo que otros quieran ofrecerme, para creer que las cosas buenas que me pasan es porque me las merezco; en fin, para regocijarme con esos instantes que, aunque muchas veces son fugaces y efímeros, también son inmortales.

En estos momentos lo que deseo es concentrarme en mi SER. Y esto incluye no tomarme la vida tan seriamente, no preocuparme por lo que aún no sucede y que ni siquiera sé si va a suceder, no concentrarme en los aspectos negativos, no enfocarme en las cosas materiales y en lo que el dinero puede comprar, no encorajinarme por tonterías, no sentirme insegura, no preocuparme por lo que los demás piensen de mí, no ser perfeccionista, no creerme todo lo que piensa mi mente; en fin, no vivir la vida tan de prisa que me olvide de mí, de sentir y de amar.

En cambio, quiero cultivar el arte del humor, disfrutarme cada momento, deleitarme con la presencia de cada persona que llegue a mi vida, vivir la experiencia humana como la aventura que es. Sentirme sana, a salvo y bendecida. Sentirme en abundancia, bienestar y prosperidad, sentir el don de transformar lo negativo en experiencias de aprendizaje, disfrutar cada meta alcanzada y crear nuevas ansias de alcanzar las que me restan.

Además, quiero estar en des-apego con el dinero y con las cosas materiales, quiero sentir que cada día trae su propio afán y que las preocupaciones así mismo como llegan así mismo se van, que siempre hay una luz al final del túnel, que cada cosa que pasa tiene un propósito y que “siempre ocurre lo mejor aunque ahora no lo entienda”.

Quiero vivir al máximo, salir de mi zona de confort, sentirme segura y confiada, sensibilizarme ante la angustia y el horror que se vive a mi alrededor, ser compasiva conmigo y con los demás, aprender a recibir y a merecer todo lo bueno y lo positivo que llega a mi vida; aprender tanto del niño como del adulto y del viejo, conservar cada instante como una eternidad, levantarme en las mañanas agradeciendo tener otro día de vida y la oportunidad de comenzar nuevamente. Quiero percibir cada reto como una ocasión para probar la capacidad de lo que puedo hacer, quiero bailar bajo la lluvia y sin que me importe el qué dirán, quiero dejar que mi creatividad se luzca, quiero reír a carcajadas sin razón, quiero cultivar la fe y la esperanza y quiero que las cosas más sutiles me impresionen. En fin, quiero soltar el control, adaptarme aun a lo que no tiene estructura y fluir como el agua. Deseo permitir que las cosas sucedan, vivir en libertad y de manera plena, disfrutar la compañía de los demás pero, sobretodo, quiero trascender en mí, en mi poder interior y en mi capacidad de SER una mujer sabia y poderosa.